

CAPITULO V.

El emperador por su parte, durante todo aquel dia antecedente, habia estado esperando al virey; le habia conmovido el ruido de su batalla. Un movimiento retrogrado para volver hasta Eugenio, habia sido inutil; y habiendo entrado ya la noche sin ver parecer aquel príncipe, aumentó el desasosiego de su padre adoptivo. «¿Habian acabado pues á un mismo tiempo Eugenio, el egército de Italia, y aquel largo dia, de una expectacion engañada á cada momento?» Le quedaba á Napoleon una sola esperanza, y era que rechazado el virey hácia Smolensko, se hubiese reunido allí con Davoust y Ney, y que todos tres juntos tentasen un esfuerzo decisivo en el siguiente dia.

El emperador en su ansiedad, reúne

á los mariscales que le quedan. Eran, Berthier, Bessieres, Mortier y Lefebvre: ellos solos se salvaron superando el obstáculo; les está abierta la Lituania, y pueden libremente proseguir su marcha: ¿Pero abandonarán á sus compañeros en medio del egército ruso? Sin duda que no; y se resuelven á entrar otra vez en aquella Rusia para salvarlos, ó perecer con ellos.

Abrazada esta determinacion, preparó friamente Napoleon sus disposiciones. No le inmutaron los grandes movimientos que se manifestaban alrededor suyo: veia en ellos que Kutusof, se avanzaba para cercarle y cogérle á él mismo en Krasnoe. Aun ya desde la anterior noche, la del 15 al 16, habia sabido que Ojarowski le habia tomado la delantera con una vanguardia de infantería rusa, la cual se habia establecido en Maliewo, en una aldea á espaldas de su izquierda.

Exasperándole la desgracia en vez de abatirle, habia llamado á Rapp, exclamando:

mando : « Que era preciso partir al punto , y enteramente y por medio de la obscuridad , volar á atacar á la bayoneta á aquella infantería ; que era la primera vez que manifestaba tanta osadía , y que queria escarmentarla de modo que no se atreviese ya á arrimarse tan de cerca á un cuartel general. » Volviendo á llamar despues inmediatamente á su edecan , repuso : « pero no ; que marchen Roguet y su division únicamente. Quédate tú , no quiero que te maten aquí ; pues me serás necesario en Dantzick. »

Al ir á llevar Rapp esta orden á Roguet , se asombró de que , cercado su gefe , de ochenta mil enemigos que iba á atacar con nueve mil en el siguiente dia , dudase bastante poco de su seguridad para pensar en lo que tendria que hacer en Dantzick , en una ciudad de la cual le separaba el invierno , otros dos egércitos enemigos , el hambre , y ciento ochenta leguas.

Salió acertadamente el ataque nocturno

de Chirkowa y Maliewo. Roguet juzgó de la posicion de los enemigos por la direccion de sus hogueras ; ocupaban dos aldeas unidas por una meseta á que una quebrada servia de defensa. Este general preparó sus tropas en tres columnas de ataque : las de la derecha é izquierda se arrimarian sin ruido , y lo mas cerca que fuese posible al enemigo ; despues á la señal de carga , que él mismo iba á darles desde el centro , se arrojarian sobre los Rusos , sin disparar , y á bayonetazos.

Las dos alas de la guardia jóven trabaron la pelea inmediatamente. Mientras que sorprendidos los Rusos , y no sabiendo en donde defenderse , andaban errantes de derecha á izquierda , echóse de golpe Roguet con su columna sobre el centro y en medio del campo de los enemigos , en donde entró mezclado con ellos. Divididos y desordenados los Rusos , solo tuvieron lugar para arrojar las mas de sus armas mayores y menores en un lago cercano , y poner fuego en sus albergues ; pero aque-

llas llamas, en vez de preservarlos, no hicieron mas que poner á la vista su destruccion.

Esta refriega detuvo el movimiento del ejército ruso por espacio de veinte y cuatro horas, proporcionó al emperador la posibilidad de pararse en Krasnoe, y al príncipe Eugenio la de incorporarse con él durante la noche siguiente. Napoleon recibió á este príncipe con una viva alegría; pero la memoria de Ney y Davoust le puso de nuevo bien presto en una inquietud no menos grande.

El campo de los Rusos presentaba alrededor nuestro un espectáculo semejante á los de Vinkowo, Molo-Iaroslavetz y Viazma. Rodeadas todas las noches de infinitos cirios las reliquias de los santos moscovitas junto á la tienda del general, se exponian á la adoracion de los soldados. Mientras que cada uno de ellos, segun su estilo, manifestaba su devocion persig-nándose y arrodilándose millares de veces, diversos sacerdotes fanatizaban á aque-

llos reclutos con exhortaciones que nuestros pueblos cultos tendrian por ridículas y bárbaras.

Sin embargo, á pesar de la eficacia de estos arbitrios, del número de los Rusos y la debilidad nuestra, mientras que Eugenio se habia encontrado con Miloradowitch, Kutusof, á dos leguas de aquella refriega, habia permanecido inmovil. Beningsen, que el activo Wilson inflamaba, habia incitado en balde al anciano Ruso.

Convirtiendo este en virtudes las faltas de su edad, daba á su lentitud y extraña circunspeccion los nombres de sabiduría, humanidad y prudencia, queriendo acabar como habia comenzado. Porque si podemos comparar los pequeños obgetos con los grandes, su fama tenia un principio enteramente opuesto á la de Napoleon, por haber formado la fortuna al uno, y haber formado el otro su fortuna.

Se jactaba « de no avanzar mas que á cortas jornadas; de hacer que sus soldados descansaran cada tercer dia: se aver-

gonzaria y se detendria al punto si sus tropas carecieran de pan ó aguardiente por un solo instante. Dándose á sí mismo despues el parabien, pretendia que escoltaba desde Viazma al egército frances, prisionero suyo; castigándole en cuanto queria detenerse ó alejarse del camino real; que era en balde exponerse con unos cautivos; que algunos Cosacos, una vanguardia y un egército de cañones bastaban para acabarlos y hacerlos pasar sucesivamente bajo el yugo; en lo que le auxiliaba Napoleon admirablemente. ¡Porque querer comprar de la fortuna lo que ella daba tan generosamente! ¡No estaba señalado irrevocablemente el término de la suerte de Napoleon? En los pantanos del Beresina se apagaria aquel metéoro, y se hundiria el coloso, en medio de Wittgenstein, de Tchitchakof y él, á la vista de todos los egércitos rusos. Por su parte, se lo habia entregado debilitado, desarmado, moribundo; lo cual bastaba para su gloria.»

A estos discursos, el oficial ingles, siem-

pre mas activo y encarnizado, solo respondia rogando al feld-mariscal, « que saliera por unos instantes de su cuartel general, que se adelantara hasta las alturas, en las cuales veria que habia llegado el último trance de Napoleon. ¿Le dejará ir mas allá de aquella frontera de la antigua Rusia, que reclama aquella gran víctima? Basta ya con descargar el golpe; dé la orden, un ataque será suficiente, y se renovará de allí á dos horas la faz de la Europa.»

Acalorándose despues Wilson con la frialdad que Kutusof manifiesta al oirle, le amenaza por la tercera vez con la universal indignacion. « En su egército, á la vista de aquella columna rastrera, mutilada, moribunda que se escapa, se oye ya clamar á los Cosacos, que es una ignominia dejar que aquellos esqueletos se salgan así de su sepultura! » Pero Kutusof, á quien la vejez, aquella desgracia sin esperanza, habia hecho indiferente, se irritó de los esfuerzos que se hacian para

conmoverle, cerró la boca con una breve y violenta respuesta al indignado Ingles.

Aseguran que la relacion de un espía le habia pintado Krasnoe lleno de una prodigiosa multitud de guardia imperial, y que el anciano mariscal temió exponer su reputacion peleando contra ella. Pero el espectáculo de nuestro apuro alentó á Beningsen : este gefe de estado mayor decidió á Strogonof, Gallitzin y Milorodowitch y mas de cincuenta mil Rusos con cien piezas de artillería, para que al amanecer, á pesar de Kutusof, osasen atacar á catorce mil Franceses é Italianos, hambrientos, debilitados y medio helados.

No se le ocultaba á Napoleon cuan inminente era este peligro. Le era posible librarse de él; no habia amanecido todavía. Tenia libertad para evitar aquel fatal reencuentro, encaminarse rápidamente, con Eugenio y su guardia, hácia Orcha y Borizof : en donde se reuniria con los treinta mil Franceses de Victor y Oudinot, con Dombrowski, Regnier, Schwart-

zemberg y todos los depósitos suyos; y podria ademas volver á presentarse formidable en el siguiente año.

Envia sus órdenes antes del amanecer del 17; sale, ármase, y él mismo á pie y al frente de su antigua guardia, pone á esta en movimiento; pero no va marchando hácia la Polonia aliada suya, ni hácia aquella Francia en que se hallaria todavía gefe de una nueva dinastía y emperador del Occidente. Dijo al coger su espada: « Hé hecho bastante de emperador, es hora ya que haga de general. » Y se vuelve é interna en medio de ochenta mil enemigos para atraer sobre sí todos sus esfuerzos, para apartarlos de Davoust y Ney, y arrancar á ambos gefes del seno de aquella Rusia que los habia dejado encerrados en ella.

Pareció entonces el dia mostrando por una parte los batallones y baterías de los Rusos, que coronaban el horizonte en tres lados, por delante, á la derecha y á las espaldas; y por la otra, Napoleon

y seis mil guardias suyas, avanzando con paso firme, y marchando á colocarse en medio de aquel tremendo recinto. Mortier al mismo tiempo, y algunos pasos por delante de su emperador, despliega los cinco mil hombres que le quedan en frente del ejército grande ruso.

Su objeto era defender el flanco derecho de la calzada, desde Krasnoe hasta la quebrada grande, en la direccion de Stachowa. Colocado en cuadro como un fuerte cerca del camino real un batallon de cazadores de la antigua guardia, sirvió de apoyo á la izquierda de nuestros soldados jóvenes. A la derecha, en los llanos de nieve que circundan Krasnoe, las reliquias de la caballería de la guardia, varios cañones, y los cuatrocientos caballos de Latour-Maubourg, porque el frio le habia dispersado otros quinientos desde Smolensko, suplieron los batallones y baterías de que el ejército frances carecia.

Se reforzó la artillería del duque de

Treviso, con una batería mandada por Drouot, uno de aquellos hombres dotados de toda la energia de la virtud, que piensan que la obligacion lo abraza todo, y capaces de hacer simplemente y sin esfuerzos los mas nobles sacrificios.

Claparede se quedó en Krasnoe, en donde con algunos soldados defendió á los heridos, los bagages y la retirada. El príncipe Eugenio continuó retirándose hácia Lyadi. Su combate de la víspera y la marcha nocturna, habian acabado con su cuerpo de ejército: sus divisiones tenian alguna union todavía, pero para ir tirando, para morir y no para pelear.

Sin embargo, se habia mandado á Roguet volverse de Maliewo al campo de batalla. El enemigo echaba varias columnas por medio de aquella aldea, y se extendia mas y mas por delante de nuestra derecha para cercarnos. Se trabó la batalla entonces, ¿pero qué batalla? No habia ya allí para el emperador repentinos alumbramientos, inspiraciones sú-

bitas , relámpagos , ni nada de aquellas grandes ocurrencias tan imprevistas por su audacia , que arrebatan la fortuna , arrancan la victoria , y con que tantas veces habia acobardado , alucinado y arruinado á sus enemigos : todos los pasos de ellos eran libres : todos los nuestros estaban encadenados , y aquel genio del ataque se veia reducido á defenderse.

Por lo mismo se vió bien allí que la fama no es una vana sombra , que es una fuerza real y doblemente eficaz por la inflexible arrogancia que infunde á sus favoritos , y por las tímidas precauciones que sugiere á los que osan atacarla. No tenian los Rusos mas que marchar adelante , sin maniobras y ni aun fuegos ; bastaba la masa , ¡ hubieran abrumado á Napoleon y su débil tropa , pero no se atrevieron á acercársele ! Impúsoles respecto el conquistador del Egipto y de la Europa. Pareció que las Pirámides , Marengo , Austerlitz , Friedland , y un ejército de victorias , se elevaban entre

él y aquellos Rusos : hubiera podido creerse que una tan extraordinaria fama tenia algo de sobrenatural para aquellos pueblos sumisos y supersticiosos ; que la miraban como exenta de sus tiros ; que creian no deber atacarla ni poder alcanzarla mas que de lejos ; que ultimamente contra aquella antigua guardia , contra aquella fortaleza viva , contra aquella columna de granito , como la habia llamado su gefe , los hombres eran incapaces , y unicamente los cañones podian demolerla.

Hicieron estos anchas y profundas brechas en las filas de Roguet y de la nueva guardia , pero mataron sin vencer. Aquellos bisoños soldados , la mitad de los cuales no habian peleado todavía , recibieron la muerte durante tres horas sin retroceder ni siquiera un paso , sin hacer el menor movimiento para evitarla , y sin poder devolverla , por haberse roto sus cañones y hallarse los Rusos fuera del tiro de sus fusiles.

Pero por instantes se reforzaba el enemigo y se debilitaba Napoleon. El ruido de la artillería de Claperede, le avisaba que á espaldas sayas y de Krasnoe, se apoderaba Beningsen del camino de Lyadi y de su retirada. Centelleaban con los fuegos enemigos el oriente, mediodia y poniente; no se respiraba sino por una sola parte que permanecía libre todavía, la del norte y del Dnieper, hácia una eminencia en cuya falda se hallaban la calzada y el emperador. Creyeron verla cubierta entonces de cañones, los cuales estaban sobre la cabeza de Napoleón, y le hubieran aniquilado á quema ropa. Habiéndosele advertido, tendió la vista por un instante hácia aquel parage, y dijo estas últimas palabras: « ¡Pues bien, que vaya á cogerlos un batallon de mi guardia! » Al punto despues sin pensar mas en ello, dirigió su atencion y miradas hácia el peligro de Mortier.

Se presentó ultimamente entonces Davoust por medio de un enjambre de Co-

sacos, que su precipitada marcha iba disipando. Se desmandaron las tropas de este mariscal á la vista de Krasnoe, y corrieron al través de la campiña, para pasar mas allá de la línea enemiga, por cuyas espaldas llegaban. Davoust y sus generales no lograron reuñirlas hasta Krasnoe.

Se habia librado el primer cuerpo, pero se recibia noticia al mismo tiempo de que nuestra retaguardia no podia defenderse ya en Krasnoe; que se hallaba Ney todavía quizás en Smolensko, y que era necesario renunciar á esperarle. Napoleon sin embargo estaba indeciso; y no le era posible determinarse á tanto sacrificio.

Pero se decidió por último, viendo que todo iba á perecer; mandó venir á Mortier; y apretándole la mano, le dijo muy pesaroso, « que no le quedaba ya un instante que malograr; que el enemigo se le adelantaba por todas partes; y que Kutusof podia llegar ya á Lyadi, aun á Orcha, y al último recodo del Boristenes antes que él; por su parte, iba pues á diri-

girse hácia allá con su antigua guardia, para ocupar aquel paso. Davoust relevará á Mortier, pero ambos deben esforzarse á hacer resistencia hasta la noche en Krasnoe, despues de lo cual irán á incorporársele. » Con el ánimo embebido en la desgracia de Ney, y en la desesperacion de abandonarle, se apartó despacio entonces del campo de batalla, atravesó Krasnoe, en donde se paró todavía, y se abrió camino despues hasta Lyadi.

Mortier quiso obedecer; pero los Holandeses de la guardia perdian en aquel momentó, con un tercio de su tropa, un puesto de importancia que defendian; y el enemigo habia cubierto de artillería inmediatamente aquella posicion que acababa de caer en poder suyo. Conociéndose Roguet arrollado con sus fuegos, creyó poder apagarlos. Un regimiento, que el mariscal dirigió contra la batería, se vió rechazado. Otro segundo, el 5º de descubridores, llegó hasta en medio de los Rusos. No le desordenaron dos ata-

ques de caballería; é iba avanzando siempre, cuando enteramente destrozado con la metralla, le dió fin un tercer ataque. No pudo salvar Roguet mas que cincuenta soldados y once oficiales de aquel regimiento.

Habia perdido este general la mitad de su tropa. Eran ya las dos, y tenia asombrados sin embargo todavía con su inalterable serenidad á los Rusos, cuando ultimamente alentados estos con la partida del emperador, se volvieron tan egecutivos, que estrechada muy de cerca la nueva guardia, no pudo bien presto resistirse ni volver pie atrás.

Por fortuna algunos pelotones que juntó Davoust, y la aparicion de otra banda de sus rezagados, distrageron la atencion de los Rusos. Mortier se aprovechó de ello; y mandó á los tres mil hombres que le quedaban, que se retirasen paso á paso en presencia de aquellos cincuenta mil hombres. « Lo entendeis, soldados? Exclamó el general Laborde; el mariscal ordena el

paso ordinario, al paso ordinario, soldados!
 » Y llevándose consigo aquella valerosa y
 desafortunada tropa y varios heridos suyos
 por medio de una lluvia de balas y metralla,
 se retiró despacio de aquel campo de car-
 nicería, como de un campo de egercicio.

 CAPITULO VI.

Luego que Mortier hubo dejado Kras-
 noe entre sí y Beningsen, se halló en
 salvo. El enemigo solo cortaba el inter-
 medio de aquella ciudad á Lyadi con el
 fuego de sus baterías, que coronaban el
 lado izquierdo del camino real. Las con-
 tuvieron en sus alturas Colbert y Latour-
 Maubourg. Notóse una rara casualidad en
 medio de aquella marcha. Una granada
 penetró en el cuerpo de un caballo, se
 reventó, y le hizo mil pedazos sin herir
 al jinete, que cayó en pie, y continuó
 andando.

El emperador sin embargo se habia pa-
 rado en Lyadi, á cuatro leguas del campo
 de batalla. Habiendo anochecido, supo
 que Mortier, que suponía á sus espal-
 das, le habia tomado la delantera. Napo-